

¿Ha leído usted el artículo de "El Fígaro" en que François Mauriac responde a los ataques del señor Serrano Suñer? Si no lo conoce, tendré mucho gusto en enviárselo. Le recomiendo también la carta de Alfredo Mendizábal aparecida en "La Croix" del jueves 26 de enero de 1939. (2)

(2) La carta de Mauriac a que se refiere el señor Maritain en esta posdata, fue publicada en esta Revista, última entrega de 1938.

EXAMEN DE POETAS

FRANCISCO LUIS BERNARDEZ

— 1 —

Francisco Luis Bernárdez está en el justo medio. Su poesía es una melodiosa resultante de la claridad de la inteligencia y la serena contribución de la sangre: límpida ordenación, admirable arquitectura bañada por tibios y entrañables reflejos humanos. Ni la desatada embriaguez verbal entre cuya niebla prosperan tantos simuladores; ni la expresión elaborada, alquitarada, que amenaza con hacer de la poesía un juego de sutilezas mentales. Nó. Justeza, equilibrio. Monarquía de la inteligencia sobre la demagogia del corazón. Esta soberana condición ha convertido a Francisco Luis Bernárdez en el mayor poeta de la Argentina, y eleva su nombre entre los más altos de la moderna lírica española. El autor de "Alcándara", "Kindergarten de estrellas", "Cielo de tierra", "El buque" y "La ciudad sin Laura" —libros en ascendente vuelo de belleza— nació en la provincia argentina de La Calera; actualmente reside en Buenos Aires, colabora en "Sur" y en "La Nación" y es profesor en el Centro de Estudios de Cultura Católica.

— 2 —

Al hablar de Francisco Luis Bernárdez surge naturalmente la palabra clasicismo. Es preciso acentuar el creciente retorno de lo

— 365 —

clásico que va ganando, como orientación general, todo el horizonte de las artes. Y en especial de la poesía. También de la pintura: Porque el arte verdadero es tradición. Aunque la tradición no consiste, como piensan muchas gentes mohosas, en la estática permanencia sobre los ideales de los abuelos: implica la incorporación de los reflejos modernos, de lo vivo transeúnte, al cauce permanente de las experiencias seculares. Esto no lo comprenderán quienes confunden la noción de ser clásico con el hecho de realizar —más o menos con fortuna— pastiches pseudoclásicos. Tomás Vargas Osorio lo expresa con su habitual agudeza: “El clasicismo es, para el crítico promedial, una jurisprudencia literaria y estética, un conjunto de cánones estrictos, pero no repara en el subsuelo vivo que permanece bajo este estrato codificado e inerte, y del cual se desprenden hilos, venas, fluencias espirituales a establecer vinculación con lo nuevo y lo actual. Lo eterno no es una calidad fija sino en perpetuo movimiento o intercambio. La eternidad es una circulación del espíritu a través de todo los hemisferio del tiempo, es una calidad transferible”. Se podría situar a Bernárdez exactamente diciendo de él, lo mismo que de Rafael Maya: es un clásico nuevo. Algunos pasajes de “El Buque”, están empapados de una diáfana belleza, de un tan puro acento místico que bastan para emparentar el nombre de Francisco Luis Bernárdez con el de Fray Luis de León. Y “La Ciudad sin Laura” ha ganado para su autor un sitio en la estirpe maravillosa de Garcilaso de la Vega, Gustavo Adolfo Bécquer y Juan Ramón Jiménez. Así, sencillamente.

— 3 —

Otra vez, otra vez se canta con humanas palabras humedecidas de ternura a la Doncella en quien “el bien es invisible como en el vaso cristalino el bien del agua”; otra vez se habla cristaladamente del chorro azul del alba y de las margaritas de tierno corazón indeciso y de los violines del agua y de la estrella que nos mira desde el pequeño cielo rectangular de la ventana y que sirve para colgar los sueños. Y se dice trémulamente “estar enamorado. amigos, es olvidar entre los dedos emocionados la cabeza distraída” Aleluya. Alegría de que “la luna todavía sea luna”. Otra vez se canta con el acento angélico el amor. Y se dice de la Doncella como dijeron Petrarca y Bécquer que supieron amar con san-

— 366 —

gre de cristal. Bien pueden mirar esto despectivamente quienes pretenden hacer de la poesía instrumento proselitista, cartel, arenga o bandera. Quienes, ya lo he dicho, quieren convertir la cima de la bella expresión humana en una especie de internacional de lugares comunes a la sombra de los puños crispados.

— 4 —

No creo en la poesía pura, como la entienden algunos teorizantes y preceptistas. “Puede que ella exista, pero yo no la conozco”, dice Antonio Machado en un tono levemente irónico. Tampoco creo en la tan mentada “torre de marfil”: me parece que el acontecer circundante interviene de manera fatal en la creación artística, se filtra en la criatura de belleza, siquiera sea tan vagamente como se filtra la realidad en los sueños. Pero ciertas calidades de pureza y de limpieza en la vida tienen que expresarse también inexorablemente en la obra poética. Y una poesía nutrida de tan noble sustancia, jamás podrá ser menos calificada que la que obedece a móviles de turbulencia y desorden espiritual. La obra de Francisco Luis Bernárdez, llena de intenciones intelectuales y de una honda palpación humana, está entre las llamadas a permanecer indeleblemente en la memoria de los hombres. Yo nombraría su poema “Estar enamorado” entre los dos más hermosos de la poesía castellana.

PABLO NERUDA

— 1 —

“He escrito este relato a petición de mi editor. Para mí es labor dura, para todo el que tenga conciencia de lo que es mejor, toda labor siempre es difícil. Yo tengo siempre predilecciones por las grandes ideas, y aunque la literatura se me ofrece con grandes vacilaciones y dudas, prefiero no hacer nada a escribir bailables y diversiones.

Yo tengo un concepto dramático de la vida, y romántico; no me corresponde lo que no llega profundamente a mi sensibilidad.

Para mí fue muy difícil aliar esta constante de mi espíritu con una expresión más o menos propia. En mi segundo libro “Veinte

— 367 —

poemas de amor y una canción desesperada”, ya tuve algo de trabajo triunfante. Esta alegría de bastarse a sí mismo no la pueden conocer los equilibrados imbéciles que forman una parte de nuestra vida literaria.

Como ciudadano, soy hombre tranquilo, enemigo de leyes, gobiernos e instituciones establecidas. Tengo repulsión por el burgués y me gusta la vida de la gente intranquila e insatisfecha, sean éstos artistas o criminales”.

Así habla de sí mismo Pablo Neruda en las palabras que sirven de prólogo a su novela “El habitante y su esperanza”, editada en 1926. Allí está dibujada la segura audacia vital y poética de este hombre que se expresa, nos dicen, con lenta voz de sonámbulo y se mueve con vagos ademanes de buzo. Nos parece verlo, con su alma de asombro inclinada sobre el misterio, nos parece verlo un poco hundido hacia la muerte, mientras cae sobre su frente la poesía como una tenaz lluvia patética. Nació en 1904 en la región meridional de Chile. Pablo de Rokha, nos hace notar esa fina humedad triste que flota como niebla de lágrimas sobre su primera obra y la llama “tristeza de huasito del sur”.

— 2 —

Queda difícil situarle en este brevísimo espacio: es tan intensa y tan extensa su personalidad literaria, digámoslo así. Nadie desde Darío aparece en América con tan caudaloso acento y tan sugestiva tarea. Nadie desde el hechizante rector del modernismo ha ejercido tan anchurosa influencia en España y en América. Más aún, nos atrevemos a avanzar esta sugestión: Darío, atento sobre todas las cosas a lo plástico, al colorido, a la melodía, realizó en la poesía castellana una revolución de tipo formal; la revolución nerudiana afecta el subsuelo de la poesía, se dirige a la esencia íntima del canto. El poeta abandona su posición de conmovido espectador de la belleza, para sumergirse en el torrente del universo, casi identificarse con él, y flotar de vez en cuando con el mensaje de lo misterioso entre los labios amargos de sal y de dolor. El poeta quiere, desesperadamente, constatar la armonía total del mundo socavando con su mirada la materia y el espíritu. De aquí que sus patéticos boletines estén siempre cortados de llanto, de pausas nebulosas, de oscuros vientos que parecen borrar el relato. Asaltado por los enigmas, el poeta busca lo tras-

— 368 —

cidental poético, olvidando la vana musiquilla verbal, el fácil efectismo de lo eufónico. Su poesía quebra frecuentemente las previsiones gramaticales y sintácticas, se desborda del verso, inunda las regiones que hay más allá de la conciencia, de lo racional y de lo lógico. Es con frecuencia arrolladora y elocuente. Digamos también que Pablo Neruda tiene los caracteres típicos del poeta romántico, con sus calidades subyugadoras y sus inevitables flaquezas.

— 3 —

Pablo Neruda es el gran poeta de la noche, del mar, de la muerte y del tremendo amor humano. La noche le obsede con su sombrío poder estrellado. La noche tejedora de los sueños. La noche que afila el deseo, y el desvelo, y el olvido, y el puñal, y la canción. “Hago girar mis brazos como dos aspas locas en la noche toda ella de metales azules... Ebrio mi corazón bajo Dios tambalea”. “Galopa la noche en su yegua sombría desparramando espigas azules por el campo”. “El viento de la noche gira en el cielo y canta”. “La noche está estrellada y ella no está conmigo...”.

El mar parece acordar constantemente su clamor con el alarido de este poeta vuelto hacia el cielo como una pregunta de sangre. El mar sirve de perpetuo fondo a su biografía. Sonante mar de Chile bajo las gaviotas, que hunde sus bahías como espadas azules y blancas en el pecho de la tierra; mar lujurioso y ávido y fosforescente de Java y de la India.

Ah vastedad de pinos, rumor de olas quebrándose,
lento juego de luces, campana solitaria;
crepúsculo cayendo en tus ojos, muñeca,
caracola terrestre, en ti la tierra canta.

La muerte asoma su cara verde “con la aguda humedad de una hoja de violeta” tras el cristal combatido de su poesía. El ha visto

“ataúdes a vela
zarpar con difuntos pálidos...
con las velas hinchadas
por el sonido silencioso de la muerte”.

— 369 —



El ha visto camas navegando a un puerto en donde la muerte espera, "en donde está esperando vestida de almirante".

El amor suyo es un clamante amor de sangre y huesos. "Sumérgeme en tu nido de vértigo y caricia". Su amor habita en el dorado paraíso del tacto, en el cielo rojo y mínimo del beso. Nada de suspirantes abstracciones femeninas. Nada de platónicos arquetipos, ni delgadas mujeres de humo, petrarquescas. Sus criaturas femeninas a quienes él pide amor a gritos están hechas de los más dulces metales, atravesadas por los besos, cruzadas de caricias:

**"Y tú como un mes de estrella, como un beso fijo,
como estructura de ala, o comienzo de otoño,
niña, mi partidaria, mi amorosa..."**

**Qué parecida eres al más largo beso,
su sacudida fija parece nutrirte,
y su empuje de brasa, de bandera revuelta
va entrando en tus dominios y subiendo temblando
y entonces tu cabeza se adelgaza en cabellos
y su forma guerrera, su círculo seco
se desploma de súbito en hilos lineales
como filos de espada a herencias de humo".**

— 4 —

A pesar de nuestra constante predilección por "Veinte poemas de amor y una canción desesperada", creemos que la obra de Pablo Neruda tiene su cima estética en "Residencia en la tierra". El poeta, olvidado de la conciencia, se incorpora a las fuerzas elementales y nos entrega el canto puro, el lirismo absoluto. Los tres cantos materiales: "Entrada a la materia", "Apogeo del apio" y "Estatuto del vino", marcan una etapa decisiva en la poesía castellana; todavía no se ha medido justamente la estatura de su trascendencia. "Residencia en la tierra" es el himno desatado, la fascinante embriaguez dinisíaca, la simple voz del instinto. Eso: la poesía del instinto en oposición a la poesía valteriana, alquitarada, intelectualista, cerebral. Un grupo de poetas españoles en su homenaje a Neruda, lo situó con estas palabras exactas: "Pablo Neruda está en plena posesión de su destino poético".

— 370 —

MANUEL ALTOLAGUIRRE

— 1 —

Andalucía tiene la más intensa tradición poética de España. Está tendida como una amante de moreno cuerpo frutal a la orilla del Mediterráneo salado y azulado. Con brazos lípidos de río. Con alta frente de cielo y horizonte en donde cruzan las nubes como sueños. Con traje de aire y delicado clima dorado. Con tacto de jardines. Con aliento de azahares. Con peinetón de estrellas. Con labios de uva. Con el talle de la Giralda y los pies entre la espuma gaditana. Con las manos llenas de naranjas. Y, en el pecho, la herradura bienaventurada de la luna nueva.

No olvidemos que allí cantó, atento solamente a la música de sus estrellas interiores, el cordobés de las Soledades. Y modernamente anduvo por Andalucía Francisco Villaespesa con la Alhambra sobre el corazón y abrazado al femenino brazo único de su guitarra. Y cruza luego, absorto, Juan Ramón Jiménez, extraviado en la angélica niebla de sí mismo mientras "la aguja del sueño le atraviesa las sienas". Y José Moreno Villa con la copla a flor de inteligencia. Y Antonio Machado con la frente hundida entre su pena. Y Manuel Machado con Sevilla en la palma de la mano. Y Federico García Lorca con el cielo gitano, y el mar gitano, y la tierra gitana, y el amor y el dolor de los gitanos bajo la lengua. Y Rafael Alberti con su corte de sirenas y sirenillas y niñas de sal errantes por los celestes bares. Y el rudo Hinojosa. Y el fino y gris y cálido Cernuda.

— 2 —

Manuel Altolaguirre continúa una constante de la lírica andaluza: esa preocupación, que arranca en Góngora y pasa por Bécquer, de encontrar lo "andaluz universal". Hay allí una poesía nutrida de diáfanas esencias populares, elevadas a limpia expresión humana de todas partes y de todos los tiempos. Lo individual, lo regional, lo nacional, depurado, se levanta a la categoría de arte de siempre: asciende al alto cielo de la belleza simple y evidente, sin limitaciones de tiempo y espacio. De no intervenir en la creación bella esa tarea depuradora, queda ésta re-

— 371 —

ducida a efusión personal, a juego de lo pintoresco, a costumbrismo intrascendente.

Así, difícilmente se concibe hoy al juglar abandonado al azaroso viento de su inspiración. Cada vez se halla más lejos del gusto moderno el rústico numen de pelo largo, el Tarzán poético entre su selva de odas y lamentos. La musa estentórea, el "Jupiterismo" lírico, la catarata ecuménica, el hervor y el clamor pseudo-sublimes, la incontinencia retórica, el poema salido de madre, el énfasis vatídico, parecen irremediablemente reducidos a objetos de museo.

El delgadísimo, ahilado acento de Manuel Altolaguirre nos sugiere esta consideración. El poeta se apoya, naturalmente sobre ese primer estado de asombro, que se ha convenido en llamar inspiración. Pero no se abandona a su caliente ráfaga. No se convierte en amanuense de su musa. El lírico divino desciende del trípode y se entrega en manos del escritor, del crítico que ha de llevar dentro. A él le corresponde hacer del engendro inicial, del primer hallazgo, una civilizada criatura de poesía.

— 3 —

Este dón de corregirse y afinarse cada día, es admirable en Manuel Altolaguirre. El transforma la realidad circundante y el mundo de los sentimientos en puras esencias poéticas que casi nos hacen olvidar la misión que tiene la palabra de ser vehículo y cauce y recipiente. "Su poesía es clarividente fusión del poeta con lo creado, con lo que acaso no tiene nombre", dice agudamente uno de sus comentadores.

Qué claridad poética, qué clarividencia en este poema tomado así, al azar, de ese ejemplario de belleza escrita que es su obra completa publicada con el título de "Las islas invitadas": (se habla de Jane Evrad directora de orquesta):

**"¡Isla de música! Estábamos
mirándote sumergidos.
Alta le dabas al viento
órdenes con tus dos brazos.
Encantadora de peces,
instrumentos y delfines
parados te rodeaban.**

— 372 —

**La música transparente
te llegaba a la cintura.
Froncosa y viva flotabas,
isla de carne, en la música".**

¡Complicada sencillez, límpida oscuridad, en donde emerge, isla siempre, nuestra pura isla de cada día, del día total, de siempre, la poesía, en donde no se pone el sol!

E. C.

MUNDO POETICO DE AZORIN

Tengo ahora en mis manos una obra de Azorín: **Trasuntos de España**. Su lectura ha dejado en mi ánimo una pungente huella de melancolía; una inefable y vaga tristeza; algo como un aroma que me llegara desde la distancia o como un recuerdo lejano, vaporoso y poético. Es ésta la impresión que me producen siempre sus libros. Libros cuyo encanto radica en lo que no dicen, en aquello que vagamente insinúan.

El poeta mira hacia el pretérito con opresión sentimental y nostálgica. Y, de pronto, cuando menos lo imaginábamos, evoca una figura de mujer triste y pálida, Rosario; un hidalgo de provincia, digno, pobretón y enjuto; el perfume de una flor; una anécdota de juventud; un pueblecito lindo, soleado, de rúas solitarias y estrechas; un pueblecito con sus jardines familiares y sus árboles torcidos, con su vetusta iglesia y su fina y eréctil espadaña.

Azorin es el poeta de las cosas humildes. Va él por la vida con la pupila curiosamente abierta, pronta al deliquio, para descubrir todo aquello que no vio la gente presurosa, y una vez descubiertos nos revela su esencia, su belleza inalcanzable, su poesía abscondita. Este es el secreto del arte azoriniano. Un secreto que es, paradójicamente, una verdad al aire libre; una evidencia de cada hora. Veamos.

Todos hemos leído "La Celestina" de Rojas, libro de cruentas pasiones, de humano frenesí y trágica turbulencia. Parece que al leerlo nos perdiéramos en su vorágine; la locura de los protagonis-

— 373 —